

# Karl Popper, maestro de la responsabilidad

EN NOVIEMBRE DE 1979 SE PUBLICÓ en *Die Zeit* una recensión de una página de la Autobiografía de Karl Popper. Manfred Schöler —jefe, entonces de la Cancillería Federal— nos recomendó a mi amigo Klaus Bölling y a mí leer aquella recensión. En realidad, Popper ya era para mí, en aquel momento, un guía importante desde hacía algún tiempo.

A él le debía la fundamentación racional de mi aversión instintiva hacia todas las formas de utopía y hacia todas las visiones, incluidas las muchas variantes del marxismo —e incluida también la utopía de una política de seguridad basada en el Sermón de la Montaña, la cual sólo era, frente al Imperialismo Soviético, un *appeasement*—.

*La sociedad abierta y sus enemigos* (1945) de Popper la descubrí, por suerte, relativamente pronto. E igualmente su principio de una *piece-meal social engineering*, lo que quiere decir la reforma política y social concreta hecha paso a paso, en lugar de los grandiosos intentos de transformaciones totales del *sistema*. Cuando el marxismo Mao Zedong me reprochó en una conversación en 1975 —de forma casi acusadora— el ser un kantiano, me sentí con esa categorización en la mejor compañía, a saber, en compañía de Popper.

No puedo juzgar el conjunto de la obra filosófica de Karl Popper, ni su *Lógica de la investigación científica*, ni sus trabajos epistemológicos, tampoco sus trabajos sobre el problema cuerpo-mente, sobre la física o sobre la música, ni tampoco el edificio intelectual del racionalismo crítico en su conjunto. Pero sé, sin embargo, que la filosofía política de Popper, su enfrentamiento con Platón, Hegel, Marx y los demás profetas de una forma de poder ideal y su rechazo de todas las formas de certeza salvífica, mantendrá su validez. El nos ha enseñado que la democracia es el mejor sistema político, no porque en ella gobierne —supuestamente— el pueblo, sino más bien, porque en ella una mayoría de ciudadanos puede derribar sin violencia la forma de poder existente.

Sobre todo en los grandes estados modernos, es decir, en los estados complejos, la expresión “gobierno del pueblo” es una mistificación grosera, pues quienes realmente gobiernan son los políticos, los partidos, el Tribunal Constitucional, los media y los grupos de interés. El criterio decisivo de Popper a favor de la democracia es que se puede sustituir a los gobernantes sin derramamiento de sangre (punto en el que no asombra a Popper, de paso,

defienda un sistema de representación mayoritario en vez de uno proporcional precisamente porque éste último hace más difícil el cambio de gobierno). La combinación de conjetura y refutabilidad es el principio fundamental de Popper: aprendemos, verdaderamente, sólo de nuestros errores. También la evolución orgánica de las plantas y de los animales sigue, opina Popper, el principio de *trial and error*, pues las mutaciones están sometidas a la selección. Cosa que también ocurre con nuestros conocimientos teóricos. Y lo mismo pasa con todo lo que hacemos, incluida la política. Cuanto más pequeño sea un paso político, tanto menores serán los daños, caso de que tenga que ser corregido.

En su filosofar, Popper no se encerró en ninguna torre de marfil. Presentó propuestas de corrección de los daños causados por la amplia presentación de violencias y catástrofes en la televisión. Se enfrentó a las campañas de amedrentamiento de ciertos intelectuales y de algunos *verdes* y también a la animosidad contra la técnica. Registró la preocupación creciente, tras la unificación, de nuestros vecinos respecto a Alemania y nos reco-

mendó a los alemanes el mantenernos alertas contra nuestros peligros interiores.

“Trabaja más en la eliminación de situaciones concretas inaceptables que en la realización de ideales abstractos”, ésa es una de las formulaciones de la quintaesencia política de Popper, lo mismo que una de las frases finales de *La sociedad abierta*: “Tenemos que aprender a cumplir nuestras tareas de la mejor forma posible y tenemos que aprender a percibir y a reconocer nuestros fallos”. La historia en sí misma no tiene ni meta ni sentido.... “pero podemos decidirnos a proporcionarle ambas cosas”.

Karl Popper no escribió ninguna ética, pero fue un moralista. Si Immanuel Kant no hubiese formulado, dos siglos antes, el imperativo categórico, lo podría haber hecho en nuestro tiempo Popper. Fue un maestro de la responsabilidad personal.

Popper tuvo visión de conjunto y al mismo tiempo sentido de la proporción. Y tuvo la capacidad de hacerse entender en un lenguaje sencillo. Por todo ello, yo he querido a este amigo. ☺

Helmut Schmidt